

La dimensión misionológica del documento de Aparecida

--Pbro. Robert E. Mosher, D.Miss., Sociedad Misionera de San Columbano.
rmosher@iglesia.cl -- Casilla 311, correo 22, Santiago de Chile

1. Contexto: cambio de paradigmas de misión

En primer lugar, presento algunas palabras sobre el contexto de Aparecida, en términos del período que estamos viviendo. Desde que Thomas Kuhn publicó su obra sobre la historia de las ciencias, ofreciendo su teoría sobre paradigmas para iluminar cómo se avanza de un nivel científico de conocimiento a otro, Han Küng aplicó este concepto de paradigmas a la eclesiología, postulando que toda la historia de la Iglesia puede resumirse en seis paradigmas de Iglesia, cada uno reflejando un intento de responder a los desafíos de sus respectivos tiempo mientras que se mantenía la naturaleza misma de Iglesia intacta.¹ David Bosch, teólogo protestante sudafricano, publicó una obra misionológica² que extendió las reflexiones de Küng hacia los modelos fundamentales de misión operantes en cada una de las épocas identificadas por Küng como paradigmáticas, y mostró en forma convincente para muchos estudiosos de misionología que actualmente vemos un paradigma todavía emergente, que reemplaza a los paradigmas anteriores de misión.

Tal perspectiva histórica nos ayuda a identificar varios elementos de un nuevo paradigma de misión en el documento de Aparecida, además de algunos elementos de paradigmas antiguos que podrían indicar deseos de volver a las supuestas certezas del pasado, en medio de un mundo inexorablemente cambiante. En este documento, aunque se reconocen los auténticos avances de nuestra época, los cambios son percibidos como problemáticos y desafiantes.

Por ejemplo, la preocupación por las dimensiones ecológicas de la tarea evangelizadora de los discípulos misioneros en América Latina y el Caribe hoy en día, elaboradas extensivamente en el documento de Aparecida, son indicios de uno de los elementos del paradigma nuevo de misión, mientras que la distinción exagerada entre laicos y clérigos que algunos detectan en el documento parece indicar un elemento del paradigma medieval de misión, y no escritos en el mismo espíritu del Concilio Vaticano II. Por “medieval”, no estoy deliberadamente ocupando un término peyorativo, sino solamente indicando una perspectiva de más utilidad durante la Edad Media en Europa que para nuestro Continente en el siglo XXI.

La única y permanente misión de Cristo ha requerido en cada tiempo una forma dominante de expresión para responder a las necesidades e inquietudes de las personas. En esta manera, el término “paradigma”, tomado de la historia de las ciencias, y aplicada a la Iglesia y su misión, nos permite identificar las posibles “revoluciones copernicanas”, que incluyen no solamente una nueva perspectiva de la realidad—en nuestro caso, de Iglesia y misión—sino también diferencias de opinión y apreciación sobre la importancia de los dos paradigmas, el saliente y el entrante, el tradicional aceptado por siglos y el nuevo, en gran medida desconcertante y no probado por mucho tiempo.

¹ Las épocas, con sus respectivos paradigmas, son: Apocalíptica, Patrística, Medieval, Protestante, Ilustrada y Ecuénica.

² David J. Bosch, *Misión en transformación: Cambios de paradigma en la Teología de la Misión* (Libros Desafío: Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 2000).

Gracias al libro de Bosch, es decir, podemos explicar por qué tantas personas desean volver a una manera de ser Iglesia preconiliar y postridentino, incluso en su modelo fundamental de misión, a pesar de la indisputable lógica pastoral, bíblica y misionera de la eclesiología del “Pueblo de Dios”. Como Copérnico propuso descartar un modelo terracéntrico del universo y colocar el sol como el nuevo centro del sistema planetario, y así resolver muchos dilemas y problemas científicos de su tiempo con este paradigma, el Concilio Vaticano II oficialmente descartó un modelo que podría identificarse como eclesiocéntrico de la misión, y puso a Cristo en el centro del modelo fundamental del “universo” evangelizador, y de paso a otros “planetas” de comunión eclesial aparte del nuestro en este nuevo esquema.

El documento de Aparecida refleja fielmente esta perspectiva. Lejos de hacer la meta de la acción misionera de la Iglesia del Continente la extensión territorial de la misma, o la dominación social y cultural de las instituciones católicas romanas, los pastores reconocen a Jesucristo como “el primer y más grande evangelizador enviado por Dios (cf. Lc 4, 44) y, al mismo tiempo, el Evangelio de Dios (cf. Rm 1, 1).”³ La centralidad de Cristo como modelo, fuente y contenido de la misión de la Iglesia nos permite afirmar el carácter definitivo y único de la misión. Mientras que anterior a Jesús, como nos revela la Primera Alianza, Dios enviaba a muchas personas con varias misiones, ahora ha enviado al misionero definitivo, y no habrán más misiones después de ésta. La Iglesia somos invitados a continuar la única y última misión, la de Cristo, y de esta participación en la misión de Cristo la Iglesia descubre su naturaleza, que no es otra que una comunidad que existe para anunciar la Buena Nueva a toda la creación.

2. La perspectiva “discípulo misionero” de Aparecida

“...Jesús comenzó su misión formando una comunidad de discípulos misioneros, la Iglesia, que es el inicio del Reino. Su comunidad también fue parte de su anuncio. Insertos en la sociedad, hagamos visible nuestro amor y solidaridad fraterna (cf. Jn 13.35) y promovamos el diálogo con los diferentes actores sociales y religiosos. En una sociedad cada vez más plural, seamos integradores de fuerzas en la construcción de un mundo más justo, reconciliado y solidario. ...”

(--del “Mensaje de la V Conferencia General del Episcopado a los pueblos de América Latina y el Caribe”.)

Una de las expresiones más utilizadas por los obispos, que aparece con llamativa insistencia por todo el documento, es “discípulo misionero”. El mismo título del documento anuncia, “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan Vida.” Con esta iluminadora vinculación de dos sustantivos en un solo término significante, relacionamos las dos dimensiones fundamentales de cada cristiano individual, y de cada comunidad e Iglesia local. El orden es importante, aunque no se trata estrictamente de etapas—primero discipulado, segundo misión. “...La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación, ...”⁴

No, no son etapas, sino aspectos de la vida cristiana en cada momento de su desarrollo. Inmediatamente encontramos que esto es muy significativo para la

³ No. 103.

⁴ No. 278 e.

misión, porque en sí el solo término “discípulo misionero” descarta la posibilidad de poner en segundo plano la expresión natural de la vida eclesial, la misión, hasta que una Iglesia local pueda tener suficiente madurez o personal o recursos o energía, o lo que sea—suficiente tiempo en el “discipulado”—para realizar la misión. La misión es propia del ser cristiano desde el principio, aún entre los que tienen poco tiempo de membresía en el Cuerpo de Cristo, y de cada Iglesia particular, diócesis, parroquia, movimiento y comunidad eclesial de base, por pequeña o pobre de recursos que sea.

Encontramos un ejemplo del sentido unitario de “discípulo misionero” en la siguiente citación: “...Necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida. Y necesitamos, **al mismo tiempo**, que nos consuma el celo misionero para llevar al corazón de la cultura de nuestro tiempo, aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía ni los medios de comunicación podrán proporcionarle. ...”⁵

Las dos dimensiones de vida cristiana que se designan por este concepto son fáciles de entender y distinguir. El documento dice: “...Escuchamos [a Jesús] como comunidad de discípulos misioneros, que hemos experimentado el encuentro vivo con Él y queremos compartir todos los días con los demás esa alegría incomparable. ...”⁶ Una es la experiencia transformadora y liberadora de conocer a Cristo, otra es la consecuencia de esta vivencia, el deseo de darlo a conocer a otros.

El Santo Padre hizo un aporte interesante sobre el peligro de insistir mucho en el discipulado, en su discurso inaugural. “...Ante la prioridad de la fe en Cristo y de la vida ‘en Él’”—dijo el pontífice—“formulada en el título de esta V Conferencia, podría surgir también otra cuestión: esta prioridad, ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual? ...”

Continuó Benedicto XVI: “...*Discipulado y misión* son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. *Hch* 4, 12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro. ...”

Este aporte refleja la misma perspectiva de Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Missio* (1990), cuando afirma que la experiencia de Cristo es algo que naturalmente nos impulsa a compartir lo vivenciado con otros. Anticipó esta doble dimensión de discípulo misionero con la misma perspectiva sobre la importancia de la misión hoy en día, a pesar de cuestionamientos profundos sobre su legitimidad y relevancia:

“...A la pregunta: *¿Para qué la misión?* Respondemos con la fe y la esperanza de la Iglesia: abrirse al amor de Dios es la verdadera liberación. En él, sólo en él, somos liberados de toda forma de alienación y extravío, de la esclavitud del poder del pecado y de la muerte. Cristo es verdaderamente ‘nuestra paz’ (Ef 2,14), y ‘el amor de Cristo nos apremia’ (2 Cor 5,14), dando sentido y alegría a nuestra vida. ...La Iglesia, y en ella todo cristiano, no puede esconder ni conservar para sí esta novedad y riqueza, recibidas de la divina bondad par ser comunicadas a todos los hombres. ...”⁷

⁵ No. 41.

⁶ No. 364.

⁷ RM 11.

Los pastores en Aparecida nos enseñan que el proceso de formación de discípulos misioneros incluyen cinco aspectos fundamentales que “se compenetran íntimamente y se alimentan entre sí:

“a) *El encuentro con Jesucristo. ...*

“b) *La conversión; ...*

“c) *El discipulado; ...*

“d) *La comunión; ...*

“e) *La misión; ...*”⁸

Complementa aquí el último aspecto de la formación ofrecido en el pensamiento de Pablo VI, en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975), el de formar a otros discípulos misioneros, o evangelizadores, que a su vez puedan formar a otros, etc. Tal meta parece indicarse un poco más abajo, cuando se abarcan las cuatro “dimensiones” de la formación, que incluye la dimensión de: “...Un auténtico camino cristiano ... [que] proyecta hacia la misión de formar discípulos misioneros al servicio del mundo. ...”⁹ De todas maneras, en la perspectiva de *Evangelii Nuntiandi*, podríamos añadir, “hacia la misión de formar discípulos misioneros capaces de suscitar y formar a otros discípulos misioneros, ...”

Lejos de un acontecimiento individual y privado, entonces, en el pensamiento de nuestros pastores, conocer a Jesucristo pone a uno en una nueva manera de vivir, culminando en la sentida “necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. ...”¹⁰ Por su constante referencia por todo el documento a los “discípulos misioneros”, entonces, los obispos evitan cualquier desvío en la identidad eclesial y misionera de los discípulos de Jesús, asegurando un nuevo y necesario equilibrio en todo proyecto y respuesta de parte de la comunidad de los fieles del Continente a la realidad hoy—un equilibrio entre la fuente de su misión y la expresión de su discipulado.

3. Misión y Nueva Evangelización

La encíclica citada arriba, *Redemptoris missio*, hace una clara exposición sobre las tres situaciones en que la única misión de Cristo se realiza hoy:

En primer lugar, aquella a la cual se dirige la actividad misionera de la Iglesia: pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. Esta es propiamente la misión ad gentes. (AG 6)

Hay también comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas; tienen un gran fervor de fe y de vida; irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y sienten el compromiso de la misión universal. En ellas se desarrolla la actividad o atención pastoral de la Iglesia.

Se da, por último, una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, pero a veces también en las

⁸ No. 278.

⁹ No. 280, d.

¹⁰ No. 278, e.

*Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso es necesaria una 'nueva evangelización' o 'reevangelización'. ...*¹¹

En otras palabras, son tres las formas de misión hoy en día, pero solamente una es “**tarea primordial de la Iglesia**, que ha sido enviada a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra. Sin la misión *ad gentes*, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar.

...¹²

Esta perspectiva magisterial sobre la misión se encuentra en el documento de Aparecida, pero todavía en una manera algo limitada. Por ejemplo, el texto dice en una parte que, “...La Diócesis, en todas sus comunidades y estructuras, está llamada a ser una ‘comunidad misionera’ (nota: *Christifideles Laici* 32). Cada Diócesis necesita robustecer su conciencia misionera, saliendo al encuentro de quienes aún no creen en Cristo **en el ámbito de su propio territorio** y responder adecuadamente a los grandes problemas de la sociedad en la cual está inserta. ...”¹³

Se preserva la idea en este caso de que la misión a los que no creen o no conocen a Cristo es la manera principal de realizar la misión, tarea esencial para la Iglesia, pero se enfoca todavía en “su propio territorio”. Esta perspectiva aún restringida sobre la forma más fundamental de la misión de Cristo posiblemente refleja una cierta resistencia casi tradicional a emprender empresas misioneras más allá de las fronteras aceptadas como infranqueables—de grupos socioculturales físicamente dentro de los confines de nuestros países que no conocen a Cristo, y del Continente.

En modo semejante, los obispos perciben la misión continental como dirigida a los que dejaron de practicar o vivir una vida cristiana—la forma de misión llamada la Nueva Evangelización. “...*El compromiso misionero de toda la comunidad*. Ella sale al encuentro de los alejados, se interesa por su situación, a fin de reencantarlos con la Iglesia e invitarlos a volver a ella.”¹⁴

En suma, esta implícita restricción de los alcances de la misión contrasta con otras declaraciones magisteriales, donde se afirma que la misión *ad gentes*, lejos de ser una actividad que minaría la Iglesia local de su personal, energía y recursos, es la forma principal de misión y contribuye enormemente a la vida eclesial local, incluso en el fomento de vocaciones y al establecer una nueva perspectiva hacia los problemas y dificultades al interior de la Iglesia particular.

Por otro lado, el párrafo que sigue éste citado arriba indica una voz más semejante a la de Juan Pablo II, cuando afirma: “...La Diócesis, presidida por el Obispo, es el primer ámbito de la comunión y la misión. Ella debe impulsar y conducir una acción pastoral orgánica renovada y vigorosa, de manera que la variedad de carismas, ministerios, servicios y organizaciones se orienten en un mismo proyecto misionero para comunicar vida en el propio territorio, ...”¹⁵. Es decir, aunque se va enfocando hacia “el propio territorio”, se reconoce la dinámica unificadora y de común enfoque, canalizando las energías, planes y actividades de las distintas

¹¹ RM 33.

¹² Ibid. 34.

¹³ No. 168.

¹⁴ No. 226d.

¹⁵ No. 169.

instancias de servicios locales en una sola línea de acción, del proyecto misionero, aún cuando no se toma en cuenta la dimensión universal.

No sería justo concluir que Aparecida ignora por completo el tema de la misión *ad gentes*. Aparece en muchos lugares, y a veces recibe la debida importancia como la expresión de misión más importante, indicador de la vitalidad de la Iglesia de América Latina. "...Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos 'areópagos' de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, **asumiendo *ad gentes* nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia.** ..."16 "...Agradecemos también a aquellos [presbíteros] que han sido enviados a otras Iglesias motivados por un auténtico sentido misionero. ..."17

La porción del documento explícitamente titulada, "**Nuestro Compromiso con la misión *ad gentes***" (Nos. 373-379), del documento recoge declaraciones anteriores de otras Conferencias, y afirma así su vigencia actual. El cristocentrismo del paradigma emergente de la misión se confirma aquí: "...queremos ser continuadores de **su** misión, ..."18 La misión no es de la Iglesia, es de Cristo, y la Iglesia se invita a incorporarse a ella, "...es la razón de ser de la Iglesia y que define su identidad más profunda. ..."19

"El mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña," admiten los pastores, "un compromiso más significativo con la misión universal en todos los Continentes. Para no caer en la trampa de encerrarnos en nosotros mismo, debemos formarnos como discípulos misioneros sin fronteras, dispuestos a ir 'a la otra orilla', aquella en la que Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor, y la Iglesia no está todavía presente."20

Al mismo tiempo, todavía habla de "tierras de misión", a pesar de que la perspectiva que divide al mundo cristiano en "tierras de misión" y "tierras de envío" es propio del pasado. Con la secularización de muchos países "cristianos" del primer mundo, y la vitalidad de la presencia cristiana en muchos países "de misión", tal distinción carece de significado. Cada Iglesia particular, en cuanto Iglesia, joven o antigua, encuentra su madurez y naturaleza en el envío de misioneros interculturales a otras Iglesias y pueblos.

Para preparar a estos misioneros y promover la conciencia misionera de la Iglesia del Continente, los pastores declaran que "queremos estimular a las iglesias locales para que apoyen y organicen los centros misioneros nacionales y actúen en estrecha colaboración con las Obras Misionales Pontificias y otras instancias eclesiales cooperantes, cuya importancia y dinamismo para la animación y la cooperación misionera reconocemos y agradecemos de corazón."21

En anteriores conferencias se escuchó con claridad el desafío de ser una Iglesia plenamente misionera—y, por ende, plenamente Iglesia—con memorables frases como, "Ha llegado la hora," y, "debemos dar desde nuestra pobreza," de Puebla. En el actual documento, descubrimos más bien una acogida y aplicación más general y extensivo del concepto de la misión, vinculada con la propuesta de renovación de la vida eclesial, pero con menos especificidad sobre la misión *ad gentes* que aún espera,

¹⁶ No. 548.

¹⁷ No. 191.

¹⁸ No. 373.

¹⁹ Ibid.

²⁰ No. 376.

²¹ No. 378.

en gran medida, centralidad de la vida de la Iglesia continental (es iluminador contrastar el porcentaje de los católicos en el mundo que la Iglesia latinoamericana y del caribe representa, 43%, con el porcentaje de los misioneros *ad extra* del “Continente de la Esperanza”, laicos y consagrados, que existen entre todos los misioneros católicos en el mundo: __ %).

El documento de Aparecida, entonces, a veces presenta la misión *ad gentes* como un asunto secundario en la vida eclesial del continente, a pesar de ser considerado por el magisterio de la Iglesia la expresión principal de la misión de Cristo, hacia la cual se dirigen las otras dos formas—la pastoral ordinaria, y la Nueva Evangelización:

*...Nosotros, participantes en la V Conferencia General en Aparecida, y junto con toda la Iglesia ‘comunidad de amor’, queremos abrazar a todo el Continente para transmitirles el amor de Dios y el nuestro. Deseamos que este abrazo alcance también al mundo entero. ...*²²

Pero también manifiesta la perspectiva más universalista:

*Nuestra capacidad—los obispos añaden—de compartir nuestros dones espirituales, humanos y materiales, con otras Iglesias, confirmará la autenticidad de nuestra nueva apertura misionera. ...*²³

La llamada a una gran misión continental se reconoce, en esta creciente conciencia más universalista, sobre todo como una llamada a la forma *ad gentes* de misión, que confirmará el resto de las expresiones:

*...Ser misionero es ser anunciador de Jesucristo con creatividad y audacia en todos los lugares donde el Evangelio no ha sido suficientemente anunciado o acogido, en especial, en los ambientes difíciles y olvidados y **más allá de nuestras fronteras.***
...²⁴

Comunión misionera

La constante referencia a la comunión misionera contrasta en buen grado uno de otros conceptos eclesiológicos ocupados por anteriores Conferencias: “comunión y participación”, por ejemplo. El término actual, “comunión misionera”, revela más dinámicamente el tipo de comunión que la Iglesia realmente siente que el Espíritu suscita en ella, y la meta hacia la cuál se dirige. No basta la participación en la comunión, como si el propósito de pertenecer a la Iglesia fuera escapar de las durezas de la vida y sentirse apoyado en medio de los problemas personales y familiares, lo que terminaría encerrando a las comunidades cristianas en sí y formar clubes de apoyo y aceptación mutua. La madurez eclesial es según los criterios misioneros, precisamente lo contrario a una sociedad cerrada y aislada del mundo.

²² Del “Mensaje de la V Conferencia General a los pueblos de América Latina y el Caribe”.

²³ No. 379.

²⁴ Del “Mensaje de la V Conferencia General del Episcopado a los pueblos de América Latina y el Caribe”.

La piedad popular y la misión

El párrafo siete celebra la riqueza de la piedad popular, lo que antiguamente se llamaba la religiosidad popular, con una mirada que encontró su primera expresión en los documentos del segundo Concilio vaticano—la mirada que reconoce las “culturas” de cada pueblo como esencialmente iguales en dignidad, y descartando la mirada eurocéntrica que buscaba transformar a los miembros de otros pueblos “primitivos” o “bárbaros” en pseudo-europeos, en cristianos europeos incapaces de hablar teológicamente en términos y conceptos de sus propios sistemas de sabiduría, orden y significación.

La piedad popular se contrasta implícitamente con “la fe madura de muchos bautizados”, como si fuera menos madura, o una etapa hacia una expresión mejor de fe. La preocupación por purificar, o mejorar, la piedad popular puede indicar un aprecio aun deficiente por la verdadera riqueza y capacidad de transformar la vida de las expresiones religiosas populares, un cierto paternalismo incluso cultural que tolera expresiones masivas de grupos étnicos sin dejarse verdaderamente cuestionar y enriquecerse por estas manifestaciones aparentemente sencillas, pero en realidad complejas, de fe.

Las dos instancias de piedad popular mencionadas en esta introducción es la de Nuestra Señora de Guadalupe, y la de Aparecida, con Guadalupe en el primer lugar. De hecho, esta devoción ha sido ampliamente reconocido tanto por sociólogos y antropólogos como por teólogos como el ejemplo más rico, profundo e importante de la piedad popular—y para los teólogos, de inculturación—en las Américas, jugando un rol central en los orígenes y el desarrollo de una cultura latinoamericana propia y única.

El rol de la piedad popular, en sus formas de arte, tradiciones, “estilo de vida”, como de la cultura en general, como respuesta a la realidad y herramienta de ajuste frente a las duras condiciones sociales que tienen que enfrentar mucha gente del continente, muestra la adhesión del episcopado a una teoría científica muy básica sobre la función de la cultura.

La cultura

Se refleja en cada cultura un intento de adecuarse al ambiente y solucionar problemas productos de la situación de cada pueblo, un propósito bastante pragmático detrás de la formación de una cultura. ¿Cuáles son las cosas, costumbres y cosmovisión que mejor nos ayuda a vivir bien? La piedad popular, en las formas actuales y de más antigua origen, es una de ellas, y así se crea la cultura compartida por un pueblo. Incluso encontramos una oración que podría definir la cultura latinoamericana sucintamente: “...Está vigente ...en la conciencia de la dignidad de la persona [*un valor de la cultura LA*], la sabiduría ante la vida [*elemento esencial de cada cultura, la “sabiduría acumulada” que define un pueblo*], la pasión por la justicia [*otro valor de particular énfasis en AL*], la esperanza contra toda esperanza [*estilo de vida, y costumbre, y cosmovisión*] y la alegría de vivir [*otro elemento típico, actitud que revela el valor puesto en la alegría en medio de dificultades*] ...que mueven el corazón de nuestras gentes. [*la vivencia de lo que hace mejor la vida y que ayuda a vivirla cada vez mejor es experimentada, no calculada, y consensuada entre los miembros, generación tras generación, de un dado pueblo*]

“Las raíces católicas” de AL se identifican como algo presente, que permanece en su arte, lenguaje, tradiciones y “estilo de vida”—llamativo término prestado desde las ciencias sociales. Benedicto se cita aquí, al final del párrafo siete, para enfatizar la responsabilidad que estas raíces significan para la Iglesia LA—“la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios,”²⁵ Estos dos verbos infinitivos no se prestan fácilmente para el tema misionero, de central importancia para la vida eclesial y del creyente individual—custodiar y alimentar podría decirse de cualquiera organización cerrada y sectaria, también. Deben entenderse en una manera muy específica, que la mejor manera de “custodiar” la fe es ponerla en práctica misionera, o que un auténtico “alimentar” de la fe acontece cuando se comparte con los demás. Para un texto supuestamente misionero, mejores términos podían haberse ocupado aquí.

Tema: la espiritualidad de la acción misionera—

Los obispos en Aparecida parecen recordar la inspirada sección final de *Redemptoris Missio* que habla de la espiritualidad misionera, al explicar que “una espiritualidad de la acción misionera, ...se basa en la docilidad al impulso del Espíritu, a su potencia de vida que moviliza y transfigura todas las dimensiones de la existencia. ...El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana. ...”²⁶

Los obispos hacen una importante afirmación sobre esta espiritualidad cuando afirman, “...la vida en el Espíritu no nos cierra en una intimidad cómoda, sino que nos convierte en personas generosas y creativas, felices en el anuncio y el servicio misionero. Nos vuelve comprometidos con los reclamos de la realidad y capaces de encontrarle un profundo significado a todo lo que nos toca hacer por la Iglesia y por el mundo. ...”²⁷

En otras palabras, la misma percepción de lo que involucra y significa la misión para cada creyente se va mejorando en términos de claridad y entendimiento, gracias al Espíritu Santo que se revela en el accionar misionero, aún cuando emprendemos la misión con ideas equivocadas o metas irreales. Los “reclamos de la realidad” nos quiebran a veces los esquemas a medio andar en la vivencia o proyecto misionero y nos vuelven a las ideas y propósitos originales, para así purificar y mejorar la percepción sobre lo que será la misión en tal o cual circunstancia, y cuál será nuestro papel.

Esto es uno de los principios misioneros que encontramos en el fascinante capítulo 10 de los Hechos de los Apóstoles, que nos relata la conversión de Cornelio y toda su casa—el “Pentecostés de los gentiles” se ha llamado este evento. Pedro, enviado donde Cornelio, cruza el umbral que separa dos mundos culturales, arriesgando la impureza desde el punto de vista de la Ley de Moisés, pero sin tener muy claro por qué debe entrar en la casa de un pagano. Solamente confía que algo le va a clarificar al tomar este paso. Es el misionero que entra en una nueva situación cultural, sin planes hechos ni expectativas concretas, abierto a descubrir la presencia del Espíritu Santo en la misma historia y en la misma vivencia de intentar cruzar las fronteras, en respuesta a su impulso.

²⁵ Discurso Inaugural, n. 3.

²⁶ No. 284.

²⁷ No. 285.

De repente, después de averiguar por la experiencia religiosa del propio Cornelio, y escucharle la respuesta, proclama, “Ahora entiendo. Dios no hace distinción de personas.” El Espíritu Santo le clarifica su papel y la naturaleza de su misión, gracias a su positiva respuesta a la invitación de cruzar la frontera y entrar en la “casa” de otro pueblo. Incluso entiende mejor su propia visión religiosa sobre el toldo con “toda clase de animales” experimentada un poco antes—su propia visión y experiencia de Dios se iluminan en este momento, con todo su significado radical para la vida de él y de la Iglesia.

La falsa espiritualidad identificada por los obispos en Aparecida como de la “intimidad cómoda” puede desviarnos hacia ideas de misión no aptas y que contradicen el verdadero propósito de Dios, al hacernos socios, por su Hijo, del proyecto del Reino de Dios. Una verdadera “docilidad al impulso del Espíritu” nos desafiará con nuevas perspectivas sobre la misión y nos permitirá presenciar verdaderas sorpresas en el camino. La radical confianza en el Espíritu que es el principal protagonista de la misión brotará de la disposición de vivir en el misterio y estar atento a la propia visión regalada por Dios, nunca tan entendible antes de la vivencia misionera como resulta ser después. Y para América Latina, su verdadera misión también se pondrá más clara una vez que confía en la llamada no muy nítida que hace el Espíritu Santo de cruzar el umbral de otros continentes y pueblos, entrando en la casa de los Cornelio de hoy, quienes sienten que les falta algo central en sus vidas colectivas e individuales.